



¡PARÍS!

PARÍS BIEN VALE UNA MISA

Donde uno está como colgado de un cable de alta tensión; y en Bogotá, como de un cable de colgar la ropa...

EL día no le alcanzaba para caminarlo. Conocía cada puente, cada calle, plaza, museo, rincón, iglesia, café, y la mesa con el mejor ángulo para mirar siempre una iglesia, ojalá Saint-Germain-des-Près, o Notre-Dame. Siempre contaba la impresión que le había causado a Bolívar ver allí cuando el papa coronó a Napoleón. Él se iba para la oficina todos los días, Luis a un taller a pintar, Antonio a estudiar ciencias políticas, yo al colegio y mamá hacía las cosas prácticas. Aprendíamos francés todos al tiempo y por la noche nos contábamos lo nuevo que cada uno había aprendido. Mamá después, cuando ya se quería volver, decía que París nos había maleado a todos. Estaba en pleno furor el cine francés de la “nueva ola”, pero ella sólo me llevaba a ver películas de vaqueros pues no se fiaba de la clasificación de los periódicos.

Yo tenía catorce años. Son los años sesenta y todo lo que ellos significan: el *rock*, el Che, la liberación femenina, la ciencia-ficción, Vietnam, Woodstock, Vaticano II, *Jesus*. Mayo del 68 está a punto de llegar. Y la Unesco, que debería ser el vértice de las culturas de todo el mundo, es la síntesis de la burocracia internacional de la cultura. Papá botó toda su energía y su efervescencia intelectual en propuestas, informes, proyectos, ponencias y cartas que se estrellaban en Bogotá contra la burocracia del Ministerio de Relaciones Exteriores, el cual jugaba al “hablar y no contestar”. Un día, para comprobar sus sospechas intercaló entre párrafo y párrafo de un informe unas frases así: “Como yo sé que allá no les interesa nada y no se leerán este informe...” “Como todos ustedes son una partida de ineptos...”. Cuando recibió la rutinaria y lánguida respuesta “acusamos recibo de su nota de fecha tal a la cual se le está dando el curso correspondiente”, tiró la toalla, como decía él, y se sentó a escribir.

EL BUEN SALVAJE: PREMIO “NADAL”

... Puesto que estaba a punto de escribir la gran novela de América, tenía la necesidad de reconstruir con cierto conocimiento de causa lo que debió ser el primer contacto de un amo y una esclava en este período remoto en que América comenzó a fermentar a espaldas de la moral, la dignidad, la vanidad, el orgullo y la jerarquía...

[De *El buen salvaje*]

Era un 6 de enero, y estábamos todos en la casa mirando algún programa especial en la televisión, tal vez a Brigitte Bardot cantando *El Cuchipe* vestida de boliviana y papá serísimo: yo soy el embajador ante la Unesco, en fin, la cosa cultural, yo puedo ir a ver a esta muchachita y decirle por ejemplo que ese no es el vestido típico...

En esas suena el teléfono.

— ¡Papá, te llaman de Barcelona!...

— ¿Quién podrá ser? dijo mamá.

Página anterior:

“... El propósito fundamental sería recoger y catalogar materiales para la redacción de una historia conjunta de la cultura latinoamericana. Bajo el patrocinio de la Unesco podrían organizarse en forma regular y con sede rotatoria una serie de encuentros a semejanza de los de Ginebra que han creado, a partir de la segunda guerra mundial, una conciencia europea de la comunidad de su destino”. (Ponencia de ECC, reunión convocada por la Unesco en Lima [Perú], 1967).



“Hay un tema que un novelista como usted debería tratar algún día: el de esa generación formada aquí en París, cuya influencia fue decisiva tanto en América como en Europa”. (*El buen salvaje*).



Periódicos españoles celebran el premio “Nadal” 1965: *El buen salvaje* de ECC.



Papá y mamá en Grecia (1964).



Papá, mamá y Luis en barco por el Mediterráneo (1964).

Papá, en el teléfono, no entendía lo que le decían del otro lado: que se acababa de ganar, por unanimidad, el premio Nadal, el premio de novela más importante que se daba entonces en España. Había escrito *El buen salvaje* el verano anterior, el del 65, en Tossa de Mar, en la Costa Brava. Y a su regreso por Madrid se lo dejó a Amira de la Rosa para que le ayudara a buscar editor. Amira, sin decirle palabra, lo mandó al concurso.

—¡Amirita bella...!

Creo que ese fue el día en que, para celebrar, papá me dio a probar un coñac. A los siete años, en Madrid, me había dado el primer jerez.

El buen salvaje cuenta la historia de un latinoamericano en París, que quiere escribir una novela, no puede, y no se da cuenta de que su vida misma es toda una novela. Papá se inspiró en la vida y las historias de los estudiantes latinoamericanos que pasaban por su oficina de la Unesco, se reunían en la Casa de América Latina y, estoy segura, fantaseándose a sí mismo, con treinta años menos, en sus interminables caminatas. Rompe por completo con su tema del campo y cambia sus personajes elementales y casi heroicos por un pequeño intelectual pedante.

La novela de varias novelas de Caballero Calderón se desarrolla a través de la textura de cinco planos principales: el de la vida del protagonista en el presente, el de sus recuerdos en torno a la familia que quedó al otro lado del Atlántico, el de la elaboración estética a partir de lo real inmediato, el de los bosquejos esquemáticos de novelas de temas diversos y el de las fantasías acerca de lo que tal vez ocurra a la hora de publicarse su obra. Todavía podría añadirse otro plano importante, cuya atmósfera está presente en la mayoría de sus ambientes. Es la atmósfera, el espíritu de la ciudad de París cabalmente plasmado, tanto que



De izquierda a derecha: Jorge Escobar —hijo adoptivo—, yo, mamá y papá en el parc Monceau (París, 1966).

mientras leemos la novela nos sentimos transportados a la capital de Francia, como si viviésemos de nuevo en ella percibiendo sus olores, sus sabores, sus colores, sus formas y sus ruidos...

[De Sergio Vilar en *La vida de los libros*, Barcelona]

Vargas Llosa ya había escrito *La ciudad y los perros*. La primera edición de *Rayuela* de Cortázar había aparecido en 1963, pero papá no los conocía. En ese momento estaba leyendo a los franceses, y se vale de su personaje, un escritor en ciernes para hacer una burla del *nouveau roman* y la literatura que estaban haciendo los franceses en ese momento, de su sobreintelectualización de todas las cosas, de los sentimientos y del pensamiento. El lector perspicaz puede descubrir esta burla. Pues en medio del *boom* latinoamericano que él desconoce, ECC irrumpe y gana el premio más importante del momento en habla hispana. Con una novela diferentísima a su producción anterior, y contradiciendo su propia costumbre de escribir con la mirada del recuerdo; esta novela sucede en París y la escribe en París.

Germán Carrillo, autor del enjundioso estudio “La novelística de Caballero Calderón” y de una publicación del Instituto Caro y Cuervo “El buen salvaje de Caballero Calderón”, dice: “Por el contenido, la novela guarda demasiadas semejanzas con la obra de crítica, porque en ella y a través de ella el autor especula y teoretiza sobre la índole del género en cuestión...”. Claro que también dice, y lo “teoretiza” en lenguaje más fácil, es que el método de ECC para captar y analizar la realidad es la intuición. Papá se aterraba de las cosas que deducían de sus libros, pero con *El buen salvaje* le dio por entrar en el juego, y ¡hay que ver! lo que dice en una entrevista en un periódico español: “Lo que más me preocupó en ella no fue el tema en sí, sino el ensayo de una nueva técnica que empleo y que requiere un gran trabajo estilístico”. Cosa que se le nota. Se le siente una gran frialdad, no por la ciudad que le fascina, sino por su personaje; en comparación con la ternura y simpatía con que dibuja a Siervo, al sacerdote del *Cristo*, a Manuel Pacho.

Pero por más premio Nadal que hubiera sido, por más perspicacia, psicología y dominio del idioma, papá no pudo ocultar que tenía más de cincuenta años y que en esa sacudida que se pegó el mundo él ya no era actor, sino espectador. Ya no era su tiempo. Para él el *rock* era ruido y gimnasia; el Che, un comunista; Simone de Beauvoir, “una vieja jarta” que no tenía derecho a sacarle los trapos al sol a Sartre; y Juan XXIII, “un papa muy simpático que volvió chicha la Iglesia católica”...

QUÍTATE TÚ PA'PONEME YO...

Sin embargo, dice Jacques Gilard en sus *Veinte y cuarenta años de algo peor que la soledad*: “...Hasta 1967, era corriente la afirmación de que Eduardo Caballero Calderón era el mejor escritor vivo del país [...] A pesar de haberse publicado las dos mejores novelas de los últimos quince años (*La hojarasca* y *El coronel...*), así como el mejor libro de cuentos de toda la historia literaria del país, Gabriel García Márquez seguía siendo considerado como un escritor colombiano más, y no precisamente como el más respetable, dado su cosmopolitismo...”. Cuando la editorial española Destino publica la séptima edición de *El buen salvaje*, la novela “cosmopolita” de ECC, como la hubiera llamado Gilard, en 1967 Sudamericana en Buenos Aires, publica *Cien años de soledad*.

Curiosamente Caballero Calderón y García Márquez nacieron ambos un 6 de marzo: de 1910 el primero y de 1927 el segundo, “por algo que ciertamente no se nombra con la palabra azar”, como dice Borges para otra cosa.

Después papá escribió sus *Memorias infantiles*, un libro lleno de poesía y gracia, donde despliega la destreza de contar su infancia y la Colombia de los años veinte, con la perspectiva histórica del escritor y la ingenuidad del niño. Tenía 55 años. Vivíamos cerca del *parc Monceau* en un apartamento que, en su característica confusión de sueños, deseos y realidad, terminó por convencerse de que era el mismo sitio en que había vivido Proust.

En el 66 mamá leva velas de regreso.